

LAS FIESTAS DE FAMILIA.



El pastel del día de Reyes; la parte de Dios.

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 34

EL PASTEL DEL DÍA DE REYES, LA PARTE DE DIOS.

ANECDOTA.

I.

Hoy hace veinte y ocho años casi, se ponía en la mesa del señor Duran, rico negociante de Málaga el pastel de Reyes.

—Cuidado, exclamó éste al aceptar la monarquía de la familia, con olvidar la parte de Dios! y poniendo á un lado el pedazo mas grande del pastel envió á su nieto á buscar al primer pobre que pasase por su calle.

Volvió Manolito al cabo de pocos minutos con una mujer jóven, enferma, cargada con un niño de un año, mas enfermo que ella todavía.

Fueron llevados al comedor, con un personaje, que ningun ojo podía ver, pero que no escapó al lapiz del artista que ha trazado este cuadro que presentamos á nuestros lectores, con el ángel de la caridad que es el ángel de la guarda de los desgraciados.

El señor Duran felicitó á su mensajero por su buena eleccion.

—Nos traes, le dijo, un verdadero niño Jesus. No fueron los Santos Reyes Magos, cuya fiesta hoy celebramos, mejor guiados por la estrella á la cuna del Salvador.

II.

Al pronunciar esta palabra *Salvador* no creia ser un profeta el negociante.....

Hizo sentar á la madre y al hijo en el banquete de la familia, y los obsequió lo mejor que pudo, sin olvidar el pedazo de pastel, que fué puesto en un cucurucho de papel, con otras cosillas despues que hubieron comido.

—¿Cómo pagar á vds. tantas bondades? dijo la pobre mujer.

—Contádonos su historia, respondió Manolito, esa será nuestra mejor recompensa.

Los niños son curiosos, y las madres confiadas.

Teresa Gutierrez hizo sencillamente su biografía, que es la de tantas familias del pueblo.

Miseria en un principio—imprudencia en la juventud. Matrimonio á la ventura.—Mala conducta y muerte del esposo.—Viudez y abandono en el trabajo y en el dolor.—Única esperanza en la vida del niño

III.

La gran desgracia de Teresa era la de no poder pagar el alquiler de ochenta reales de su vivienda.

Esa cantidad era precisamente lo que Manolito habia recibido para su aguinaldo.

Tuvo este niño una idea.... que procedia de su corazón. Entregó sus ochenta reales á la pobre madre.

Quien da al pobre presta á Dios!

Así ha dicho el poeta Victor Hugo.

Ahora veremos cuales fueron los intereses del préstamo de Manolito.

IV.

Veinte años despues, en aquel mismo día de Reyes hallábase el señor de Duran y su familia arruinados completamente, empero se habian reunido á comer, aunque sin pastel, y el pan bastaba apenas para aplacar su hambre.....

Producto líquido de las revoluciones, de las locuras del mundo y de las bancarrotas.

El negociante no tenia mas que un recurso: la libertad de su nieto Manolito que habia caído quinto, cazador en el batallón de las Navas hacia cuatro años, al que esperaba para ocupar un destino que podia salvar á su familia, empero era preciso pagar al día siguiente un sustituto.

La cantidad con que para esto contaba acababa de faltarle.

Manolito no podia volver, y toda la familia de Duran se hallaba perdida.

V.

Tal era su pastel de Reyes en este día, cuando se abrió la puerta, y entró por ella un cazador de las Navas.

Dieron un grito de sorpresa y de alegría, porque creyeron un milagro la vuelta de Manolito.

No era, sin embargo, Manolito.

Era Luis Gutierrez, el hijo de Teresa.

Aquel que habia recibido la parte del pastel destinada á Dios.

Habíase hecho un jóven de mérito: habia sabido las penas y aflicciones de sus bienhechores, y se habia enganchado como soldado voluntario para reemplazar á Manolito.

El señor de Duran reconoció el dedo de la Providencia, y aceptó la salvacion que este le enviaba.

VI.

Desde aquel momento Manolito con su trabajo y su aplicacion ha restablecido la fortuna de su familia y Luis Gutierrez se ha distinguido en los campos de batalla de Navarra durante la guerra civil y en los de Asia contra los annamitas.

Aun está en las lejanas regiones de Filipinas

Y en el último día de Reyes los Duran comiendo juntos con Teresa han reservado del pastel ademas de la parte de Dios, la parte del ausente.

Sabida es la interesante creencia que se refiere á la parte del ausente.

Se echa á perder, dicen, si se pone malo ó se muere.

Recobra su pureza, si se casa ó triunfa.

Por eso algunos días despues del de Reyes se alarmaron y agitaron muchísimo la madre y los amigos de Luis Gutierrez.

Su parte de pastel parecia cubrirse de moho, bajo el fahnal en que cuidadosamente lo guardaban.

De repente antes de ayer lo encontraron fresco, sano, y limpio.

Y á poco supieron por el ministerio de la Guerra que el sargento Luis Gutierrez que combatia con las tropas del coronel Palanca en Cochinchina se habia distinguido gloriosamente en una accion, recibiendo una herida peligrosa y de

que habia logrado curar en breve tiempo, recibiendo en el campo de batalla el empleo de oficial y la cruz de San Fernando, siendo propuesto por el jefe de las tropas francesas, que unidas combaten con las españolas, para la Legion de honor.

VII.

Una carta del mismo anunciaba todo esto, aquella misma mañana.

Su carta concluía así:

«Bien llamada estaba la parte de Dios, el pedazo de pastel que hace veinte y cinco años me dió la familia del señor Duran.»

MORALIDAD.

Cuidado con reiros, egoistas é incrédulos cuando os aconsejan que jámas partais el pastel ó la torta del día de Reyes sin reservar, cual lo hacian vuestros padres, la parte de Dios y la parte de los ausentes.

Vuestra sonrisa seria necia y fatal.

La antigua práctica os traerá suerte y felicidad.

TACUATI.

CRÓNICA AMERICANA.

(Conclusion.)

Pedreras no era hombre que se dejaba seducir fácilmente; una larga experiencia de los negocios le habia hecho sospechoso y sutil. Escuchando á Maldonado reflexionó que Tacuatí era del país de los guaraníes, donde se decía que abundaban las minas de oro; y calculó que estas riquezas no podian proceder de otra parte; de modo que sin alejarse del proyecto de dar á su sobrina á su nuevo cristiano:

—Padre mio, respondió; los intereses de España son los que únicamente me preocupan. Yo no deseo aumentar mi fortuna, sino ser útil á mi país. Vuestro discípulo puede servirme en este designio: que me descubra una mina de oro y le doy á mi sobrina.

Esta respuesta dió que pensar á Maldonado. Sin embargo, hizo repetir á Pedreras la promesa que acababa de hacer, y con la certidumbre de que no faltaria á su palabra, volvió á llevar la respuesta al joven guaraní.

Cuando éste la hubo escuchado, dejó caer la cabeza sobre su pecho y brotaron algunas lágrimas de sus ojos.

—¡Ah, padre mio, exclamó! yo no puedo poseer á Angelina. Para descubrir al gobernador la mina de oro que me pide, es necesario que yo le muestre los caminos que los españoles ignoran; y esta ignorancia es la seguridad de mis hermanos. ¡Yo seré entonces un tráfuga, el traidor que conduciria al centro de mi nacion á sus enemigos y verdugos! No, padre mio, tú me aborrecerías, tú despreciarías á tu hijo. ¿Y cómo podria yo vivir sin tu estimacion?

Maldonado le estrechó entre sus brazos aprobando su noble resolucion, y confirmandole en el inalterable principio

de sacrificar siempre su interés mas querido á sus mas ardientes pasiones, al mas doloroso de los deberes: «Las pasiones concluyen, le dijo, los intereses cambian, y la virtud no cambia nunca.»

El desventurado Tacuatí suspiraba escuchando al jesuita. Irrevocablemente decidido á no vender á sus compatriotas para obtener á Angelina, propuso curarse de esta pasion. Desde este momento evitó su encuentro; no volvió á salir de su casa, se entregó enteramente al estudio, y pensó que ocupando su imaginacion conseguiria distraer su pensamiento. Angelina no podia comprender de dónde provenia este cambio. En un principio se alarmó; esperó impacientemente la ocasion de esplicarse con Tacuatí; pero no viéndolo venir á casa de su tio, no encontrándolo ya en el campo, ni aun en la tumba de Aracayú, el despecho y la cólera sucedieron al dolor. Creyó que ya no la amaba, y resolvió no amarle tampoco; y habiéndola puesto una vez la casualidad cerca de Tacuatí, un día de fiesta en la iglesia, afectó durante la ceremonia no volver los ojos sobre el infortunado guaraní y salir sin saludarle. Era un doloroso esfuerzo para la tierna Angelina; pero creyó despues de esta victoria, que nada le seria imposible, y se lisongeó de olvidar muy pronto á aquel que incesantemente ocupaba su corazon.

Tacuatí llegó hasta la desesperacion. Se habia sentido con el valor de renunciar á su amante, de privarse de su vista, pero no tenia el de soportar su desden, y no pudiendo tolerar el tormento que experimentaba, dijo á Maldonado:

—Padre mio, escucha y perdona; no puedo vencer mi amor; he empleado contra mi corazon todo lo que la virtud y la razon pueden darme. Angelina es todo para mí. Yo te dejo; yo parto..... En nombre de Dios ocúltame tu llanto, porque si lloras, me quedo. Déjame volver á mis antiguos bosques; espero volver, aunque ignoro el día, pero volveré. Si el proyecto que medito es posible á la humanidad, le cumpliré, y volverás á verme mas dichoso y el mas inocente de los hombres. Adios, padre mio; no te deja tu hijo, sino un desgraciado, víctima del amor.

Diciendo estas palabras se alejó sin escuchar á Maldonado, el cual le llama en vano. Pronto le perdió de vista, y el buen padre privado de su hijo cree hallarse solo en el mundo.

§—6. Angelina sufría mucho. Atormentada por una pasion de la cual no podia triunfar, habia experimentado las mismas penas que Tacuatí, y no habia tenido, ni aun el consuelo de confiarlas á nadie. Desde que supo su partida, se reconvinó de haber sido ella la causa, y prorumpia en amargo llanto al recordar el día en que habia fingido su desden. Esperó durante algun tiempo que el fugitivo volveria al lado del jesuita, pero viendo que habian trascurrido seis meses sin que Tacuatí apareciese, la desventurada Angelina solicitó de su tio que la hiciese hermana reclusa del oratorio de Nuestra Señora de la Concepcion (1). Pedreras aprobó este designio, y aquel mismo día la condujo ante la superiora de este monasterio, la que le puso el hábito de novicia, y convino con el gobernador que procuraria abreviar el tiempo del noviciado.

Angelina lloraba; el tiempo trascurria para ella con extraordinaria lentitud; le parecia que despues que hubiese

(1) Hace ocho meses que este oratorio fué derribado, y hoy forma parte del inmenso terreno de la nueva aduana que está edificando el actual gobierno del Paraguay.

pronunciado sus votos se sentiría menos atormentada, pues Dios la libertaría de aquella pasión. Por fin vió llegar esta época tan deseada, y experimentó una grande alegría.

Pocos días antes del señalado para la profesion de Angelina, el buen padre Maldonado, de vuelta de las casas de algunos enfermos, descansaba sobre un banco de piedra á la puerta de su casa, cuando vé venir de lejos á una persona, que se aproximaba á él, y le estrecha entre sus brazos. Era su hijo adoptivo. Ambos entraron en la casa, y cuando sus corazones, demasiado conmovidos, pudieron respirar mas fácilmente,

—Padre mio, le dijo Tacuatí, soy tu hijo que vuelvo á tu lado despues de haberme hecho digno de este nombre. No he sido traidor ni al amor ni al honor. Puedo proseguir siendo fiel á mis hermanos y á mi amada. Vengo á entregar al gobernador la mina de oro que me ha pedido; y este tesoro está lejos del camino que podría conducirle á mi país.

Maldonado mandaba al jóven que repitiese aquellas frases: tampoco quiere burlar la alegría de su discípulo anunciándole que pocos días despues Angelina debía pronunciar sus votos, si no que vuela á casa de Pedreras para conseguir que se difiera este acto, y para anunciarle el tesoro inmenso que Tacuatí venia á poner en sus manos, y para pedir la ejecucion de una promesa sagrada. Pedreras, sorprendido y encantado, renueva aquella promesa, escribe sobre la marcha á la superiora del monasterio; ordena que se suspenda todo, y al amanecer del siguiente día, parte con Maldonado, seguido de una numerosa escolta bajo la direcciou del jóven guaraní.

Caminaron todo el día; pasaron la noche bajo los árboles, y al día siguiente volvieron á emprender su camino por aquellos grandes desiertos del Gran Chaco que guían hacia Tucuman y la cordillera de los Andes. El gobernador iba atestiguando su sorpresa. Ya antes habia mandado visitar estos parajes, en donde no se habia encontrado metales. Tacuatí proseguía caminando con aspecto tranquilo. Habiendo llegado cerca de una caverna formada por áridas rocas, se detuvo Tacuatí, y mostrando la entrada, manda á los peones (1) que entren para inspeccionar. Le obedecen. Pedreras con los ojos de la avaricia seguia todos los movimientos de los mineros; el jesuita inquieto y pensativo contemplaba aquella escena. Tacuatí sonreía y no decia nada.

A los cinco ó seis pies de profundidad, Pedreras fué el primero que vió brillar metal. Lanza un grito de alegría, se aproxima mas y con ambas manos coge una tierra rojiza llena de granitos de oro vírgen. Esta capa era ancha, espesa, y otras muchas todavía mas ricas, se encontraban debajo de la arena. Pedreras corre hacia Tacuatí, le oprime entre sus brazos, le llama su sobrino, y le jura un cariño eterno. Prosiguese el trabajo por órden suya, y cuatro mulos van cargados de oro á la Asuncion, sin que la mina estuviese aun agotada. El gobernador deja allí una guardia bajo el mando de un teniente, y regresa á la capital con Maldonado y Tacuatí. Los lleva á su casa, y luego que está puesto su tesoro en seguridad, va él mismo al oratorio y prescribe que salga de allí su sobrina al instante, disponiendo que al siguiente día pase Angelina á ser la esposa de Tacuatí.

Fácilmente puede presumirse, cuál seria la sorpresa

agradable que experimentó la jóven reclusa, no pudiendo dar crédito á lo que veía ni á lo que escuchaba, suponiéndose víctima de un sueño. Acostumbrada á la sumision, obedeció sin replicar. Despojada de sus groseros hábitos, volvió á vestir la seda; su frente modesta abandona la toca; reaparecen sus largos cabellos que caen rizados sobre sus blancas espaldas. La emocion que experimenta su alma esparce sobre sus mejillas un vivo carmin. Mil veces mas bella que el día en que Tacuatí le salvó la vida, salió del convento y el venturoso Tacuatí la esperaba en el locutorio, donde Pedreras le habia dejado solo.

Cuando la vió cayó de hinojos.

—Escuchadme, la dijo: antes de obedecer á vuestro tío, conoced los poderosos motivos que me obligaron á huir. Pedreras, para concederme vuestra mano, me pedía una mina de oro. Yo no la conocia mas que en mi país; conduciéndole allí, entregaba mis hermanos á la crueldad de los españoles, y jamás lo habria hecho, Angelina, os lo confieso; en el momento en que os veo resplandeciente de hermosura, me atrevo á aseguraros, que yo hubiese sacrificado mi amor á mi deber y á mi patria. Pero este amor me inspiró otra cosa mejor; he dejado á mi virtuoso padre y he vuelto al territorio de los guaraníes. Fácilmente he encontrado allí mucho oro. Ayudado por mis compatriotas, he empleado un año entero en llevar yo mismo este oro á una inmensa distancia del país donde yo le sacaba, para ocultarle bajo la tierra, para reunir bastantes riquezas, no para mereceros, sino para obteneros. Cien veces he hecho este largo viaje, y lo hubiese hecho mil veces mas, si el tiempo me lo permitiera. Vuestra imágen, que me acompañaba, me dejaba siempre el temor de ofrecer un débil donativo; pero Pedreras se ha dignado contentarse con este tesoro, ignorando el precio de lo que me da en cambio.

Angelina al escucharle, tuvo que hacer un esfuerzo para no arrojarle en sus brazos. El guaraní la condujo al momento á casa de Pedreras, donde aquella misma noche á las doce, Maldonado les dió la bendicion nupcial.

El gobernador habia dejado á los nuevos esposos para volver á la caverna donde estaban sus obreros. Tantas riquezas habrian satisfecho la avaricia de Pedreras, si la avaricia pudiese ser satisfecha. Pero habiendo conocido fácilmente que la tierra que se habia removido no producía metal, dedujo que el guaraní conocía minas abundantes de donde sin duda habia sacado aquel oro. Demasiado rico para osar quejarse, y temiendo lo bastante al jesuita para tentar medios indignos para arrancar el secreto que se le ocultaba, tomó un camino que no conducía menos á su objeto. Reunió á la colonia, dió cuenta de nuevas órdenes que habia recibido del rey para continuar los descubrimientos, para someter los pueblos vecinos, y especialmente á los guaraníes. En seguida volviéndose hacia Tacuatí, á quien habian hecho palidecer aquellas palabras:

—Sobrino, añadió; te recomiendo los intereses de España. Eres mi hijo adoptivo y te nombro mi adelantado, y te encargo, en nombre del rey, que partas con seiscientos soldados para descubrir y para someter el país de los guaraníes.

Toda la colonia aplaudió esta elecciou. Tacuatí no tuvo fuerzas para responder; fué, pues, saludado, y reconocido adelantado, y Pedreras renueva la órden de partida para dentro de algunos días.

(1) Así llamaban y llaman hoy á toda clase de obrero que trabaja por un jornal.

El desgraciado Tacuatí corrió con su esposa á pedir consejos á Maldonado.

El buen jesuita reflexionó algunos instantes en silencio; luego tomando á los esposos por la mano,

—Hijos míos, les dijo; el peligro es grande. Tacuatí, no puede, ni debe obedecer: si él rehusa, se hará sospechoso; si yo tomo su defensa, también vendré á serlo yo mismo, y el gobernador es capaz de todo. No teneis mas que un partido que tomar, y es el de huir esta misma noche al territorio de los guaraníes. Yo os seguiré, hijos míos, os seguiré á pesar de mi ancianidad: iré con la cruz en la mano á predicar á los hermanos de Tacuatí; iré á convertirlos á la fé. Vosotros sereis siempre dichosos; yo cumpliré con mis deberes sirviendo á mi Dios, y dándole hombres, seré mas dichoso que vosotros.

Angelina y su marido cayeron á los pies del anciano, preparóse la fuga. Tacuatí, pudo adquirir una grande canoa, donde los tres se embarcaron cuando las sombras de la noche oscurecieron la tierra. Tacuatí tomó la pala y subió el río hasta la embocadura de Ipané (1), por cuyo afluente penetraron hasta llegar á los bosques. Aquí saltaron; sumergieron la canoa, y tomando los senderos desiertos que indicaba Tacuatí, llegaron á los pocos dias á las tolderías de los guaraníes. Tacuatí fué recibido como hermano. Este se apresuró á decir á sus compañeros lo que acababa de hacer por ellos, y lo que debía al jesuita. Los salvajes entonces, colmaron de caricias á Maldonado; todos se pusieron á trabajar para levantar la cabaña del buen padre, y la del matrimonio. Establecidos en su nueva residencia, sin temor, sin inquietud, libres de todos los tormentos que los hombres han tomado tanto trabajo en darse, ocupados solamente en amarse y en vivir, los esposos sintieron los encantos, las delicias de la reunion, de lo que existe de mejor en el mundo; el amor, la inocencia y la libertad.

Maldonado, querido de aquel gran pueblo, predicó la religion cristiana, y fácilmente convirtió á estos hombres sencillos que adoraban sus virtudes. Casi todos los guaraníes se bautizaron. Algun tiempo despues, ellos mismos pidieron al buen padre, que hiciese venir otros jesuitas, y se sometieran voluntariamente al rey de España, á condicion de que no vivirían entre ellos mas que los hermanos de Maldonado. Esta proposicion fué aceptada en Madrid, y llegaron misioneros. Los guaraníes, bajo la fé del tratado, se aproximaron mas á la Asuncion; se dividieron en varios departamentos, llamados por los jesuitas *reducciones*, y cada una edificó su villa, donde un jesuita, bajo el título de cura, los instruía en la agricultura y demás artes necesarios, bajo un gobierno paternal. Pronto se aumentaron estos pueblos. En 1734 componian treinta mil familias. Cada villa tenía su regidor, su alcalde particular, que nombraban los habitantes todos los años. El cura, elegido por el padre provincial vigilaba la ejecucion de las leyes, que no eran ni numerosas, ni severas. Los mas grandes castigos se reducían al ayuno ó á la detencion en un cepo, y aun estos mismos castigos eran muy raros en aquel pueblo de inocentes, que no tenían ideas del robo, ni del asesinato, y que conservaba aquella dichosa ignorancia, gracias á los cuidados estrema-

dos que ponian los jesuitas en no dejar penetrar allí á ninguna persona estraña á la Compañía (1). La moderada contribucion que se pagaba al rey se desquitaba por el cambio del azúcar, del tabaco, del algodón, productos de un terreno inmenso (2) que se dejaba en comun á todas las parroquias, donde cada habitante venia á trabajar dos dias cada semana. El sobrante de esta recoleccion era para los huérfanos, para los enfermos, para los ancianos que ya no podían trabajar. Un arsenal particular encerraba las armas del pueblo. Los jóvenes, venían á tomarlas los dias de fiesta, y se ejercitaban en su manejo, y al primer ataque de los portugueses ó de los brasilenos, salía de cada distrito un batallon de escelentes soldados (3). Por todos lados se veían escuelas para enseñar á leer y escribir á los indios; talleres de ferretería, de tejidos y de carpintería. Todas las profesiones, todas las artes útiles se enseñaban allí gratuitamente, y el cura que vigilaba estos trabajos, antes de admitir á los jóvenes discípulos, se tomaba el cuidado de consultar su inclinacion. Nada faltaba en fin de lo que se ve en las ciudades de Europa, menos el lujo, el vicio y la pobreza.

Sin embargo, mucho malo se ha dicho de esta república eclesiástica, de este gobierno patriarcal, á pesar de haber sido el único imperio fundado por la persuacion y sostenido por la confianza y policia de la virtud.

I. A. BERMEJO

CATALINA DE BRAGANZA.

En el mes de mayo de 1662 salía de las aguas del Tajo, y hacia vela hácia las costas de Inglaterra, una fragata ricamente empavesada. Había venido á buscar con pompa régia á Catalina de Braganza, hija de don Juan IV y de doña Leonor de Guzman, prometida esposa de Carlos II. Esta joven y hermosa princesa habia dejado á su madre sumergida en el mas profundo dolor.

—Hija mia, la habia dicho llorando Leonor de Guzman, vas al país de las nieblas, tú, hija del Mediodía y del sol; nada bueno auguro de ese matrimonio.

—Madre mia, habia contestado la joven é interesante princesa, yo quisiera á toda costa ser reina de Inglaterra.

—Acuérdate de las desgracias de Enriqueta de Francia y

(1) Privilegio concedido por una real cédula y que subsistió hasta la revolucion que promovió el obispo del Paraguay don Bernardino de Cárdenas, en combinacion con el gobernador de aquel tiempo, quienes quisieron penetrar en las Misiones bajo pretexto de confirmar á los indios; pero cuyo objeto era inspeccionar el régimen interior de la Compañía de los regulares de Loyola, y apoderarse de las grandes riquezas que poseían. Esta causa ruidosa, la conservo manuscrita entre mis papeles, y de la cual daré cuenta á los lectores del MUSEO en otra oportunidad.

(2) A este territorio se le llamaba *Campo de Jesucristo, ó Nueva tierra de promision*.

(3) El obispo del Paraguay don Bernardino de Cárdenas, y el gobernador, oficiaron á la audiencia de Charcas, que los jesuitas tenían estos aprestos bélicos con el intento de emanciparse del dominio del rey, y lo confirmaban con las batallas que habian dado los indios guaraníes en las inmediaciones de la Asuncion contra los tercios del rey, que defendían al obispo y al gobernador obstinados en penetrar en las Misiones, en cuyos combates llevaban siempre los indios la mejor parte.

(1) Río que conduce al territorio de Misiones donde hoy se beneficia la yerba mate ó té paraguayo, una de sus mas importantes riquezas.

de su infortunado esposo Carlos I, que murió en un caldoso.

—Me acuerdo y marchó sin temor; Carlos II es un gran príncipe llamado á reinar con gloria.

—La mano de Dios se ha dejado pesar sobre la raza de los Estuardos, continuó Leonor de Guzman; los ingleses no soportarán largo tiempo la dominación de esta familia.

—Con todo, madre mía, me marchó; he hecho mi sacrificio; si me sucede alguna desgracia, sabré soportarla con el valor de una reina.

Catalina marchó, pues, acompañada de las lágrimas y de las bendiciones de su familia.

Sin embargo, el matrimonio de Carlos II con una princesa católica provocó una oposición grandísima en el seno del Parlamento. La España sobre todo, jurada enemiga del Portugal, empleó todos los medios que pudo para impedir esta unión; hizo las ofertas mas magníficas; empero la princesa de Portugal traía una dote de doce millones y dos importantes fortalezas, Tánger en Africa, y Bombay en las Indias Orientales. Además el interés del comercio británico parecía pedir que la independencia de Portugal se mantuviese á toda costa, y se mantuvo. También Carlos II había resuelto, según contaban, casarse con una princesa de Portugal sin el acuerdo de sus ministros, y ninguna resistencia pudo apartarle de su resolución. En cuanto al Parlamento, bien pronto mostró la mayor complacencia con el soberano.

Catalina de Braganza, cuya virtud permaneció siempre sin tacha, notable además por las gracias y encantos de su persona tanto como por su carácter, llegó á Portsmouth hácia fines del mes de mayo. Desde aquella ciudad hasta Londres su viaje fué una marcha triunfal.

—Dios mío, exclamó dirigiéndose á una de sus damas de honor; no sé por qué mi corazón se ve asaltado de tristes sentimientos... Esos gritos de alegría parecen anunciarme que el pueblo inglés me amará, y sin embargo experimento una tristeza invencible.

—Estareis mas alegre cuando llegueis á Londres y hayais visto al rey vuestro esposo, respondió la dama de honor.

En efecto, las fiestas de la boda fueron suntuosas, magníficas: Carlos II, que había visto los esplendores de la corte de Francia, desplegó un lujo que contrastaba con la miseria pública; empero el partido de los Estuardos era entonces omnipotente y todo el mundo fingía participar de la alegría del monarca. Los festejos y regocijos públicos fueron turbados por el proceso y la ejecución de muchos culpables, de los cuales tres eran los regicidas Beskstead, Okci y Cobbel. La ejecución de Vane, célebre por sus talentos parlamentarios y su capacidad para la dirección de los negocios públicos, produjo sobre todo una dolorosa indignación. La víspera de la muerte de esta ilustre víctima, un fraile se presentó en palacio y solicitó hablar á la reina.

—Señora, la dijo uno de sus primeros gentiles-hombres, un religioso que dice ser portugués, quiere hablar á V. M.

—¡Un portugués! exclamó la reina. Quiero verle... Me hablará de mi padre, de mi madre, de Lisboa, de las floridas márgenes del Tajo y de mi hermoso país.

El fraile entró con la frente cubierta por la capucha.

—Señora, dijo, tengo un secreto que revelaros; mandad que se retiren esas damas y esos caballeros.

Catalina hizo un gesto y se encontró sola con el fraile.

—Señora, continuó el religioso, ¿sabéis que mañana van á ejecutar á Vane y á Lamber?

—¡Todavía mas sangre! dijo Catalina con dolor...

—Sí, señora; ¡sangre y siempre sangre! dijo el fraile con voz cavernosa. Carlos II quiere formarse un trono con las cabezas de sus enemigos.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿y qué puedo yo hacer, una pobre mujer?

—Implorar el perdón de Lamber y de Vane y el rey no os lo negará.

En el mismo instante resonaron unos gritos violentos á la puerta del salón y entró un capitán de guardias.

—¿Qué sucede? preguntó la reina.

—Tomás Cooper, uno de los partidarios de Cromwel, está aquí, respondió el capitán acercándose al fraile.

—Yo estoy bajo la protección de la reina, dijo el religioso con tranquila calma.

—Sí, padre mío, y no os faltará. Marchad, añadió dándole un papel sobre el que había escrito un salvo-conduto.

—¿Quién manda aquí durante mi ausencia? dijo Carlos II que oculto detrás de un tapiz lo había oído todo.

—Yo, la reina, respondió Catalina.

La cabeza sombreada por largos cabellos que caían en largos rizos como los de la señorita de Lavaliere, vestida con falda como entonces se llevaba en la corte de Luis XIV, la hermosa y magestuosa hija de Juan de Braganza ostentaba en aquel momento una grandeza verdaderamente real. Carlos II quedó desvanecido un momento ante tanta gracia y encanto, que muy pronto debía desconocer y desdenar.

Lo que la reina ha hecho está bien hecho, dijo. Que no se moleste á este fraile.

Catalina de Braganza pasó muchos años en medio de las agitaciones y calamidades del reinado de su esposo, reinado tan desastroso para Inglaterra y para el resto de Europa. Tan virtuosa como bella aquella desgraciada reina, jamás fué amada de Carlos II, príncipe caprichoso, cruel, libertino y disoluto; pero su carácter la mereció al menos el aprecio y la estimación de cuantas personas la trataron.

En 1678 fué acusada de haber tomado parte en los complots y conjuraciones católicas, por el partido dominante de la cámara de los Comunes, que la declaró indigna de reinar; mas los Pares proclamaron su inocencia y el negocio quedó así paralizado. Además, Carlos II, tan indiferente con ella en la vida privada, tomó con empeño este asunto, y jamás reyes algunos supieron hacerse obedecer mejor que los Estuardos.

Una tarde de verano volvía Catalina de Windsor, adonde había ido á pasar el día. Su carroza fué detenida por el populacho que con grandes voces gritaba:

—¡Muera la reina papista!

No podían los guardias dominar y contener la muchedumbre, cuando un hombre de elevada estatura y vestido con un traje extranjero se presentó al lado de la carroza.

—¡Pueblo de Londres! arrancaré la lengua al que entre vosotros tenga la audacia de pronunciar una palabra contra la reina.

Acompañó estas palabras con un grito enteramente particular, y en aquel momento unos treinta hombres vestidos como él vinieron á agruparse alrededor de la carroza.

—¡Los kuákeros! huyamos, huyamos! exclamó la multitud.

El hombre de gigantesca talla se empujó hacia la portezuela de la carroza y dijo en voz baja á la reina:

—Catalina de Braganza, Tomás Cooper acaba de pagar una deuda contraída contigo.

—¡Bendito sea Dios! exclamó la reina, ¿sois el fraile?...

—No, soy un kuáker: te acompañaremos hasta palacio.

Y en todas las calles y plazas los curiosos huían á la vista de los kuákeros.

Sin embargo, la conspiración católica fué seguida de varias ejecuciones capitales; fué disuelto el Parlamento y los realistas abusaron de su triunfo. Las mas ilustre cabezas cayeron bajo el hacha del verdugo. Carlos II atacado de una apoplejía, murió el 6 de febrero de 1685, á los cincuenta y cinco años de su reinado, y tuvo por sucesor á Jacobo II.

—Senora, dijo el nuevo rey á la viuda de su predecesor, podeis permanecer en mi palacio donde gozareis de los honores y de la gerarquía que os es debida.

—Senor, respondió Catalina, los vínculos que me unían á Inglaterra han quedado rotos. Dentro de un mes volveré á Portugal donde me llaman los deberes de familia.

Catalina marchó en efecto, pero fué cuando en 1693 se perdió para siempre la causa de los Estuardos y la dinastía de Guillermo de Orange vino á sentarse sobre el trono de Eduardo III y de Isabel.

Sobre el buque que la llevó á Lisboa iba un hombre de mirar siniestro y feroz que no la perdía un momento de vista. Catalina lo tomó por un espía; pero en el momento en que ponía el pié en el territorio portugués, quedó desengañada.

—Catalina de Braganza, la dijo en voz baja aquel hombre extraño, he cumplido mi misión hasta lo último; Tomás Cooper no debe ya nada á la reina de Inglaterra.

Y con un gesto casi amenazador la hizo seña de que no le respondiese.

—¡Bendito sea el kuáker! dijo Catalina de Braganza.

En 1704 la hija de Leonor de Guzman fué declarada regente por don Pedro su hermano, y murió un año despues dejando á la casa de Braganza considerables tesoros, fruto de sus grandes economías en Inglaterra.

EL JAPON ENTREABIERTO.

Hace poco mas de treinta años un príncipe del Japon, gobernador de provincia, escribía á un subgobernador, yerno suyo, lo siguiente: «Ojo derecho de mi rostro, que estás sentado junto á mí como cada uno de mis favoritos, yo Orgendoo, jefe de la gran casa de Fiansima, de Tosa y de Bambú, soberano de los pequeños reyes de Golo y de Jamañeque, os hago saber, hijo mío, por las palabras de mi boca, que unas personas llegadas de vuestro pais me han asegurado que teneis en vuestra ciudad tres extranjeros del fin del mundo, gente que al parecer se lleva muy bien con los del Japon, vestidos de seda y con la espada cenida al lado, no como traficantes que no se ocupan mas que del comercio, sino como personas que hacen profesion de honor. He sabido, además, como hecho indudable, que estos hombres os han afirmado bajo su palabra, que hay otro mundo, poblado de gente negra, de la que os han referido cosas increíbles. Por esta razon os ruego encarecidamente,

como si fuérais mi hijo, que me enviéis uno de esos tres extranjeros, á fin de que yo me alegre con su vista.»

Esta gente *del fin del mundo*, que el digno gobernador se muestra tan curioso por ver, por la misma razon que llevaba á La Fontaine á la Academia, á fin de que esto la divierta, eran unos aventureros portugueses. Pinto, uno de estos, enseñó á los del Japon á fabricar arcabuces, y es observación curiosa, que muestra en este pueblo tan poco conocido un admirable talento de imitación y de progreso, que dos años despues los japoneses habian construido trescientas mil de aquellas armas.

Mas nuestros aventureros, como buenos hijos de los Pizarros y de los Alburquerque, mas ocupados de intereses que de honor, habian vislumbrado los enormes beneficios que podía darles el comercio con una nacion tan rica en metales preciosos, en porcelana y en sedería. A invitación suya afluyeron de todos los establecimientos portugueses del Asia traficantes y misioneros. Todos lograron favorable acogida. Las puertas del Japon se hallaban entonces abiertas á todos, veamos como se cerraron despues. Los jesuitas y los franciscanos vinieron en pos de los negociantes portugueses; humildes y caritativos al principio, como San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, se nivelaron despues con los altos dignatarios del país: falta grande en un imperio basado en una gerarquía muy minuciosa. Con los señores se unieron en el odio comun, y estos fueron los mas encarnizados enemigos, los bonzos que se veían espuestos á perder su influencia religiosa á causa de las muchas conversiones á la nueva religion. Una conspiración de los cristianos portugueses acabó de perderlos, y un degüello general los hizo desaparecer del Japon.

Esta terrible lección fué perdida para la Europa. En 1611 la España envió al Japon como una orgullosa embajada con soldados, tambores y piezas de artillería, que condujo á la rada de Nangasaki el enorme navío de tres puentes, denominado *la Madre de Dios*. Estas pretensiones conquistadoras asustaron al gobierno del Japon, que mandó quemar el buque. Tres mil japoneses sucumbieron, pero el buque fué quemado.

Y hé aquí por qué el pueblo del Japon, afable, civilizado y curioso por las ciencias y por las novedades, le ha prohibido la entrada á *la gente del fin del mundo*.

El holandés, como mas discreto, se ha conducido de otro modo. Siendo sospechoso á los del país, se hizo humilde y sufrido. La legación bátava se dejó poner en cuarentena en la pequeña isla de Décima, donde la encierran todas las noches. Con esta condicion ha conseguido permanecer al lado de la soberbia Nangasaki, la ciudad de los tres rios, de inmenso puerto, coronada de verdes montañas, esmaltadas con blancas pagodas. Desde aquí comercian los holandeses con el Japon bajo la vigilancia de la aduana.

En su pequeña prision construida en forma de abanico sobre una isla artificial, que une con el Japon un puentecito de piedra custodiado con esmero, los holandeses se ingeniaron pacientemente por medio de ardidés para acrecentar sus transacciones con el sospechoso imperio. Así, pues, habiendo advertido el respeto que los japoneses tienen á la gordura, cuidaron de no hacer desembarcar sino á los capitanes de buque dotados con la mas majestuosa obesidad: únicamente los centinelas comprendieron muy pronto el secreto de aquellas robusteces opulentas y, como dignos riva-

les de nuestros carabineros, despojaron perfectamente á los capitanes de las almohadillas que redondeaban sus formas. Inútil es decir que estas almohadillas se hallaban llenas de géneros prohibidos.



Nangasaki.

Cada cuatro años una embajada holandesa sale de Déci- persianas de finas cañas de bambú, y es admitida á visitar ma en ricos palanquines tapizados con papel dorado y con en Miako, la capital pontificia, los templos de los treinta y



El Mikado.

tres mil trescientos treinta y tres dioses japoneses y al *Mikado*, ó emperador religioso; y en Yeddo, la capital política, al *Siogun*, ó emperador civil.

Porque el Japon presenta la estraña anomalía de que la soberanía está dividida. Por espacio de veinte y cinco siglos la antigua dinastía de los *Mikados* habia reinado por legiti-